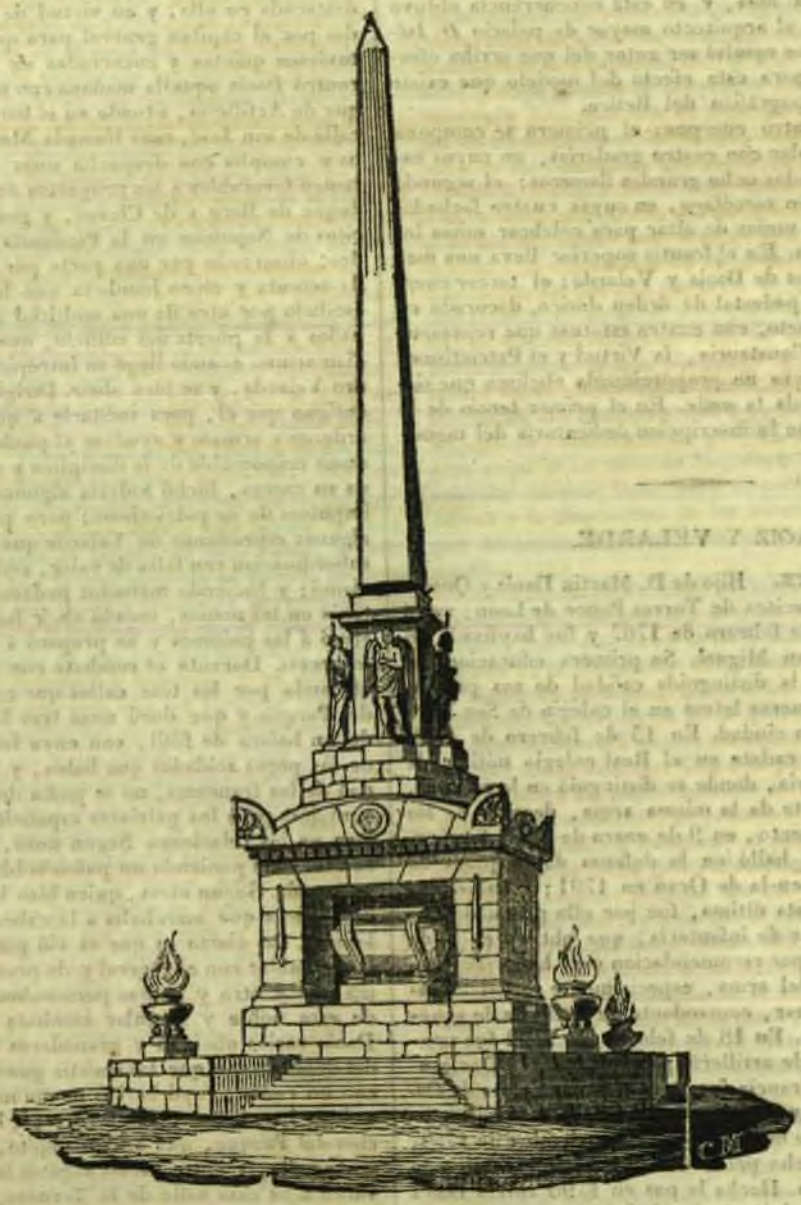


EL DOS DE MAYO.

Aproximándose el fúnebre aniversario del memorable dia 2 de mayo de 1808, y disponiéndose la corporacion municipal de Madrid á celebrarle en los términos prevenidos por las órdenes del gobierno, nos ha parecido conveniente consagrar las primeras páginas de nuestro número de hoy á renovar la memoria de aquel lastimoso acontecimiento; mas cómo no seamos amigos de las declamaciones vagas y discursos hiperbólicos, creemos mas conforme á nuestro objeto el consignar aqui dos hechos positivos relativos al mismo; el primero *la vista y una ligera indicacion del monumento fúnebre* proyectado y aprobado para construirse en memoria de las ilustres víctimas sacrificadas en aquel dia; y el segundo una *noticia biográfica de los héroes Daoiz y Velarde*, que hemos tomado de la obra publicada por D. Ramon de Salas, bajo el título de *Memorial histórico de la artillería española*, cuyo libro por la especialidad de la materia que trata es poco conocido del público, aunque muy apreciado de los inteligentes en ella.

MONUMENTO DEL PRADO.

En 24 de mayo de 1814 decretaron las Córtes que se levantase una sencilla pirámide en el sitio mismo en que fueron inmolados los patriotas madrileños en el paseo del prado, á la izquierda de la subida al Retiro, consagrando dicho sitio bajo el nombre de *campo de la lealtad*.

A su consecuencia el ayuntamiento de Madrid acordó públicar un programa, invitando á los profesores de bellas artes á presentar los diseños ó planes para llevar á efecto la referida idea, y en esta concurrencia obtuvo el primer premio el arquitecto mayor de palacio *D. Isidro Velazquez*, que resultó ser autor del que arriba ofrecemos, copiado para este efecto del modelo que existe en el gabinete topográfico del Retiro.

Consta de cuatro cuerpos: el primero se compone de un zócalo circular con cuatro graderías, en cuyos estremos van colocados ocho grandes flameros; el segundo demuestra un gran sarcófago, en cuyas cuatro fachadas podrán colocarse mesas de altar para celebrar misas los dias de aniversario. En el frontis superior lleva una medalla con los bustos de Daoiz y Velarde; el tercer cuerpo consiste en un pedestal de órden dórico, decorado en sus fachadas del neto, con cuatro estatuas que representan el Valor, la Constancia, la Virtud y el Patriotismo, y por último se eleva un proporcionado obelisco que sirve de remate á toda la mole. En el primer tercio de la parte anterior tiene la inscripcion dedicatoria del monumento.

DAOIZ Y VELARDE.

D. LUIS DAOIZ. Hijo de D. Martin Daoiz y Quesada y de Doña Francisca de Torres Ponce de Leon; nació en Sevilla en 10 de febrero de 1767 y fué bautizado en la parroquia de San Miguel. Su primera educacion fue correspondiente á la distinguida calidad de sus padres, estudiando las primeras letras en el colegio de San Hermenegildo de dicha ciudad. En 13 de febrero de 1782 entró de caballero cadete en el Real colegio militar de Artillería de Segovia, donde se distinguió en la esgrima, y salió á subteniente de la misma arma, despues de los estudios de reglamento, en 9 de enero de 1787. Sirviendo en esta clase se halló en la defensa de la plaza de Ceuta en 1790, y en la de Oran en 1791; y habiéndose distinguido en esta última, fue por ello premiado con el grado de teniente de infantería, que obtuvo en 5 de octubre de 1791, por recomendacion muy honorífica hecha por los gefes del arma, especialmente la del brigadier D. Andres Aznar, comandante de artillería de aquella plaza y ejército. En 18 de febrero de 1792 fue promovido á teniente de artillería por antigüedad. Declarada la guerra con Francia fue destinado al ejército de Cataluña, donde estuvo mandando, ya baterías móviles, ya estables, desde 23 de mayo hasta 25 de noviembre de 1794, en cuyo dia fue hecho prisionero de guerra y conducido á Tolosa de Francia. Hecha la paz en 1796 volvió Daoiz á España, y en 10 de junio de 1797 fue destinado y embarcado en la escuadra del Oceano que mandaba Mazarredo, encargándosele el mando de la tartana cañonera número 5, que tenia hornillo de bala roja, y con la cual se halló en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el glorioso ataque de las lanchas españolas contra el navío inglés el *Poderoso*. En octubre de 1798 se embarcó en el navío San Ildefonso, del mando de D. José Uriarte y Borja, con destino al servicio de la artillería, y en él permaneció hasta junio de 1802. Durante este tiempo, que era el de la guerra con los ingleses, hizo dos viages redondos al continente é islas de América, llegando á enterarse del servicio de la marina en términos que alternaba con los oficiales del navío cuando no tenia que servir la artillería; y siendo ademas completa su inteligencia y facilidad en hablar las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina, fue escogido varias veces en alta mar para parlamentario con buques estrageros. Mientras desempeñaba este servicio ascendió á capitan de Artillería por antigüedad en 4 de marzo de 1800. En 1.° de julio de 1802, de resultas de la nueva ordenanza de su arma, fue declarado capitan primero del tercer regimiento. En 2 de mayo 1808 se hallaba en Madrid encargado del detalle de la plaza y de la tropa de Artillería destacada en ella; y en virtud de las órdenes comunicadas por el capitan general para que las tropas se mantuviesen quietas y encerradas en los cuarteles, se encontró Daoiz aquella mañana con sus artilleros en el Parque de Artillería, situado en el barrio de las Marabillas, calle de san José, casa llamada Monteleon. Allí observaba y cumplia con despecho unas órdenes tan manifiestamen favorables á los proyectos de Joaquin Murat, gran duque de Berg y de Cleves, y generalísimo de los ejércitos de Napoleon en la Península, hasta entonces aliados, observado por una parte por una guardia francesa de setenta y cinco hombres que habia en el Parque, y escitado por otra de una multitud de paisanos que agolpados á la puerta del edificio, que estaba cerrada, pedian armas: cuando llegó su intrépido compañero don Pedro Velarde, y se hizo abrir. Dirigióse éste á Daoiz, mas antiguo que él, para incitarle á que prescindiese de las órdenes y armase y ayudase al pueblo perseguido. Daoiz, como responsable de la disciplina y amante de ella en toda su carera, luchó todavia algunos instantes contra los impulsos de su patriotismo; pero picado vivamente por algunas espresiones de Velarde que podian confundir su subordinacion con falta de valor, «*viva Fernando* 7.°» esclamó; y haciendo menudos pedazos la orden escrita que tenia en las manos, mandó abrir las puertas del Parque, armó á los paisanos y se preparó á resistir á las tropas francesas. Durante el combate con ellas, que se verificó atacando por las tres calles que conducian á la puerta del Parque y que duró unas tres horas, murió Velarde de un balazo de fusil, con cuya fatalidad, el cansancio de los pocos soldados que habia, y la enorme superioridad de los franceses, no se podia dudar de un éxito desventajoso para los patriotas españoles. En este punto varían ya las relaciones. Segun unas, Daoiz hizo señal de capitulacion poniendo un pañuelo blanco en la punta de su espada. Segun otras, quien hizo la señal fue un general francés que marchaba á la cabeza de una de las columnas. Lo cierto es que se vió por algunos instantes á Daoiz hablar con el general y de pronto ponerse en guardia uno y otro y batirse personalmente; pero en el acto de este noble y singular combate se agolparon sobre Daoiz varios oficiales y granaderos franceses, y á pesar del denuedo con que los resistia guardándose las espaldas con un cañon, cayó herido mortalmente de varias estocadas y bayonetazos. Los franceses, llevados de la ocupacion del Parque, que era su objeto, dejaron asi á Daoiz en la calle, y entre varios sugetos le recogieron y le llevaron á su casa calle de la Ternera, donde espiró á las cuatro horas despues de apretar la mano al sacerdote que se presentó á viaticarle, única accion de que fue dueño. Contaba entonces de edad cuarenta y un años, dos meses y veinte y dos dias, y de servicio veinte y seis años, dos meses y diez y nueve dias. Al anochecer del mismo fue conducido su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, á la parroquia de San Martin, donde se enterró; habiendo verificado estos últimos piadosos oficios el escribiente meritorio que era entonces del ramo de cuenta y razon de Artillería D. Manuel Almira. Su cadáver fue exhumado en 1814 y trasladadas las cenizas á una urna que existe en la iglesia de San Isidro de Madrid, donde fue depositada solemnemente el 2 de mayo del referido año de 1814, á los seis justos de haberse sacrificado, ofreciendo los primeros ejemplos de resistencia á la usurpacion de Napoleon. Gozan sus restos honores de capitan general y se incluye como el primer capitan de Artillería en la escala del cuerpo, y pasa revista de presente en el departamento donde esté el colegio.

D. PEDRO VELARDE. Hijo de D. José Velarde Herrera y de Doña Luisa de Santiyan, nació en el lugar de Muriedas, en el valle de Camargo, el dia 25 de octubre de 1779 En 16 de octubre de 1793 entró á servir en clase de caballero cadete en el Real colegio de Artillería de Segovia, habiendo sido nombrado brigadier de la compañía en 27 de enero de 1798, de donde salió á subteniente del mismo cuerpo en 11 de enero de 1799. Fue destinado al ejército que obraba contra Portugal en la guerra de 1801, y en él desempeñó comisiones propias del arma en que por lo general se habian empleado oficiales de mayor graduacion. En 12 de julio de 1802 ascendió á teniente del cuerpo por antigüedad, con destino al 1.° regimiento. En 6 de abril de 1804 fue promovido, tambien por antigüedad, á capitan 2.° para el 5.° regimiento; y en 1.° de agosto de dicho año se le destinó de profesor á la academia de Segovia, de cuyo destino pasó al de secretario de la junta superior económica del cuerpo, afecta al estado mayor de él y establecida en Madrid en 1.° de agosto de 1806. Esta plaza ocupaba cuando su voluntario sacrificio. Tenia Velarde un talento despejado y perspicaz, á que reunia constante aplicacion, por cuyo motivo gozaba de aventajado concepto entre sus gefes y compañeros. La carrera militar que seguia le hizo mirar como preferente el estudio de este ramo, y por consiguiente antes que fuesen notorias en España las tramas maquiabélicas con que los franceses preparaban su conquista, no veia en Napoleon mas que el Alejandro del siglo, y era entusiasta de sus talentos militares. Pero al mismo tiempo era generoso y honrado, y no queria ver en los grandes capitanes mas que las victorias alcanzadas en fuerza de la superioridad de sus combinaciones. Asi es que luego que vió á las claras la artería y mala fe con que las tropas francesas ocuparon nuestras plazas fronterizas y se acercaban á la capital en principios de 1808, cambió su opinion enteramente y se propuso hacer cuanto le fuese posible para resistir á la fuerza que el dolo habia reunido en el centro del reino. Antes de los sucesos de Aranjuez, que produjeron la caida de D. Manuel Godoy, fue comisionado por éste para ir al cuartel general del príncipe Murat en union con otros oficiales; y como entonces ya sospechaba la traicion que despues habia de hacer este ejército á los principios que entonces aparentaba, se dedicó particularmente á sondear las ideas de los primeros gefes con quienes tuvo ocasion de tratar. Vuelto á Madrid con sus sospechas cambiadas en certidumbre, ya no trató mas que de organizar en lo que le permitia su destino, graduacion, é influjo, la resistencia que preveia seria necesario oponer mas pronto ó mas tarde. Yo he registrado algunos borradores escritos de su puño en que están indicadas varias ideas relativas á la disposicion que se debia ir dando á las tropas para tenerlas libres de una sorpresa por los franceses, á la reunion del material del ejército en puntos proporcionados á su custodia, al modo de inutilizar clandestinamente lo que no podia menos de caer en poder del enemigo, y á otros objetos de defensa; brillando en tales apuntes, á la par de su profundo patriotismo, unas ideas nada comunes en su profesion. El destino de la junta superior, cuyas funciones eran principalmente la direccion del material de Artillería, proporcionaba á Velarde el reunir los datos convenientes á estos planes. A fuer de buen español, jamas creyó que las principales autoridades del reino dejasen de secundar los impulsos generosos que iba mostrando la nacion, y su trabajo y sus deseos se limitaban entonces á contribuir con sus luces y sus brazos á la guerra que creia inevitable. Con este objeto se introdujo con el ministro de la guerra Ofarril, y franco y sin reserva le indicó los trabajos de que se ocupaba y las intenciones de que estaba animado. El ministro no combatió sus ideas, pero como tenia otras, tampoco se valió de su celo, y, ó no hizo caso, ó si le hizo fue para estorbar indirectamente una resistencia que creia funesta é inútil. Sin embargo de eso no desmayó Velarde, y en sus conversaciones con los compañeros manifestó decididamente su resolucion de oponerse á los franceses, procurando inculcar en todos iguales sentimientos, aumentándose la exaltacion de los suyos desde que fue notoria la repugnancia de Napoleon á reconocer por rey á Fernando 7.°, que era el principio de la farsa con que pretendia cohonestar el despojo violento de toda la familia de los Borbones, que habia meditado.

Como Velarde reunia las apreciables cualidades de instruccion, juventud, ánimo esforzado y osadía para emprender, siendo por otra parte, como secretario de la junta, el depositario de las noticias sobre la fuerza y disposicion de nuestro material de guerra, juzgó Murat conveniente el atraerlo á su partido, y valiéndose para ello de un edecan del general de la Artillería francesa, La-Riboisiere, le hizo concurrir á su alojamiento diferentes veces, convidándole muchas á su mesa. Velarde aceptó en dos ocasiones este convite para no hacerse mas sospechoso, eludiendo las propuestas que se le hicieron para pasar al servicio de Napoleon, y valiéndose mañosamente de este trato para conocer las intenciones de Murat y la disposicion de las autoridades españolas que por entonces desconocieron el verdadero espíritu del pueblo.

El 2 de mayo de 1808 se hallaba Velarde con estas disposiciones. Concurrió á la hora acostumbrada á su secretaría, que estaba en la calle ancha de San Bernardo, cuando ya la conmocion del pueblo empezaba á notarse. Se sentó en su mesa, que estaba al lado de la del comandante de Artillería de la plaza y vocal de la junta, D. José Navarro Falcon, notándosele desde luego la fogosidad de su interior. Cogió la pluma y se puso á borronear sobre un papel diciendo al mismo tiempo á Falcon: *Mi comandante, es preciso batirnos: vamos á batirnos*: y *vamos á batirnos: es preciso morir* repetia al hacérsele por dicho gefe reflexiones con la orden terminante del capitan general. En tal estado se oyeron algunos tiros de fusil, y este fue el chispazo que electrizó á nuestro jóven artillero. Hasta alli pudo contenerle una subordinacion opuesta á los derechos de nuestra familia Real y á la independencia de la nacion. Tomó el fusil de uno de los ordenanzas de la junta, y acompañado de otro y del escribiente meritorio D. Manuel Almira, se dirigió al cuartel del regimiento de infantería voluntarios de Estado, que estaba en la misma calle, con el objeto de hacerle tomar parte, escitando su entusiasmo con las aclamaciones de *viva Fernando 7.°*, *viva España*: cuyas veces repetia un numeroso pueblo que se le habia reunido. Propuso al coronel de Estado que le diese una compañía, con la que contaba poner á su disposicion el Parque de Artillería, y despues de algunas escusas por parte de dicho gefe, logró que éste mandase á la tercera del segundo batallon con solas treinta y tres plazas de fusil y mandada por el capitan D. Rafael Goicoechea, los tenientes D. José Ontoria y D. Jacinto Ruiz, y el subteniente Don Tomás Burguera. Con esta fuerza se dirigió al Parque, que estaba en el barrio de las Maravillas, calle de San José, casa llamada de Monteleon. La puerta estaba cerrada y agolpado algun gentío fuera. Por la parte adentro habia una guardia francesa compuesta de un capitan, cuatro subalternos, setenta y cinco soldados y un tambor. Dentro estaban tambien el capitan Daoiz y unos catorce artilleros. Llamó Velarde y le abrieron, y entró acompañado del teniente Ruiz, de voluntarios de Estado. No era Velarde el mas graduado, pero en aquel lance en que los vínculos de la disciplina habian sido rotos por la mas injusta agresion, hizo su arrojo y valentía que los demas le mirasen, sino como de mas alto rango, como de mas superior talento y osadía para dirigirlos. Abocóse inmediatamente Velarde con el comandante de la guardia fran-

cesa intimándole se rindiese con su tropa: dió muestras éste de quererse resistir, pero acobardado de la arrogancia de Velarde, á quien suponia, y con razon, apoyado por el pueblo y los voluntarios de Estado que estaban á la parte de afuera, entregó las armas de su guardia y fueron todos encerrados en unas cocheras que habia dentro del patio, sirviendo sus fusiles para entregar al pueblo. Quitado este embarazo á la defensa del Parque, embarazo que el que pudo disponer de él no supo apreciar, necesitó Velarde disipar los respetos de Daoiz por las órdenes que habia recibido contra los mas vehementes estímulos en favor de la causa de su rey y de su patria. Acordes en tan gloriosa resolucion, se abrió el Parque, entraron los voluntarios de Estado, y se armó al pueblo.

Solo habia en el Parque diez cartuchos de cañon hechos, y mientras los franceses se presentaban, ocupó á los artilleros la construccion de otros. Habia cinco piezas de á ocho y cuatro, montadas, y se colocaron dos de ellas detras de la puerta, enfilando la calle de San Pedro la Nueva.

Inmediatamente se presentó un destacamento francés, mandado por un oficial, el cual fue ahuyentado por una descarga de fusilería disparada desde las ventanas. A poco rato se presentó una columna con sus gastadores á la cabeza, los cuales intentaron romper la puerta, á cuyo momento Daoiz y Velarde hicieron dar fuego á los cañones que, traspasándola, maltrataron un gran número de enemigos, retirándose nuevamente éstos. Sacaron entonces cuatro cañones del patio, poniendo uno en las cuatro calles que están al estremo de la calle de San José, hácia la de Fuencarral, dos mirando á la parte inferior de dicha calle, hácia la ancha de San Bernardo, y el cuarto enfilando la de San Pedro la Nueva.

Mientras se ejecutaban estas disposiciones de nuestros héroes, viendo los franceses su resolucion, dieron al Parque la importancia de una posicion respetable y dirigieron contra él la primera division Wesfaliana, al mando del general La-Grange, con caballería y artillería, y situaron dos cañones junto á la fuente de Mata-lobos, en la calle ancha de San Bernardo, para contrabatir á los nuestros, y se empeñó un cañoneo que nos hizo gastar las municiones sin gran fruto, pues esto solo era lo que buscaban los franceses. No se les ocultó á Daoiz ni á Velarde el inoportuno desperdicio de municiones, que no debian haberse empleado hasta que la columna de ataque ocupase la calle, pero la calidad de un combate á la vista de un pueblo que creia el estrago proporcional al ruido, les impidió practicar lo mejor.

Creyendo el enemigo llegado el momento, adelantó una columna por la calle de San José, desde la de San Bernardo, enarbolando un pañuelo blanco su comandante, cuya señal respetaron nuestros artilleros; pero viendo al estar cerca de las piezas que apuntaban las armas, les dispararon á un tiempo dos cañonazos y la columna fue rota y dispersada. Volvió á renovarse el cañoneo y á sentir nuestros oficiales la pérdida que en ello tenian; pero el intrépido Velarde, cuya serenidad encontraba recursos en todo, hizo, á falta de metralla, cargar los cañones con piedras de chispa para dispararlos á quemaropa sobre los franceses que se preparaban de nuevo á atacar: se dirigió al patio del Parque para hacer sacar el otro cañon, que aun estaba dentro, y reunir las municiones que pudiera, y en tal ocasion encontró este bravo la muerte á que se hallaba resuelto.

Los enemigos no habian descuidado apoderarse mientras la accion de todas las bocas-calles y posiciones desde donde podian ofender con fusilería hasta dentro del patio del Parque, y al entrar en él recibió Velarde un balazo en el pecho, de que cayó redondo.

Su cuerpo, ya desnudo, se encontró despues entre los demas cadáveres, y envolviéndolo en una tienda de campaña fue llevado por la tarde al enterramiento de los mártires, donde, para amortajarle, se presentó una persona desconocida con un hábito franciscano de limosna. Contaba entonces Velarde veinte y ocho años, seis meses y siete dias de edad, y catorce años, seis meses y diez y seis dias de servicio.

En 1814 fue exhumado, y se hallan sus restos, como los de su ilustre compañero Daoiz, en la iglesia de San Isidro dentro de una urna. Goza como aquel los honores fúnebres de capitan general con mando; se coloca siempre á la cabeza de la clase de capitanes de Artillería, y pasa revista *como presente* en el regimiento que resida en el departamento donde está el colegio (1).

EMPLEO DE LA FUERZA
DEL HOMBRE.

El hombre, aunque el mas débil de todos los *motores*, es sin contradiccion el mas precioso. Dotado de la inteligencia, de que los demas agentes carecen; con facultad de acomodarse á una infinidad de actitudes y de posturas, sabe economizar en caso necesario sus fuerzas, moderar su trabajo segun la resistencia que encuentra, y presentarse siempre como la máquina mas á propósito para los movimientos compuestos que exigen una continua variedad de presion, celeridad y direccion.

Uno de los problemas mas interesantes de mecánica industrial, es el de calcular el empleo de las fuerzas humanas para aumentar el efecto que producen sin aumentar por eso la fatiga.

No hace mucho tiempo que se creia que para producir el mismo efecto útil y la misma cantidad de accion, consumia el hombre sus fuerzas del mismo modo; pero la esperiencia ha demostrado posteriormente que este era un error. Es cierto por ejemplo que con fatiga igual puede un hombre consumir mas fuerzas en diez horas con intervalos de descanso, que en ocho horas con menos tiempo de descanso.

En una misma clase de trabajo se consigue siempre mayor resultado, deteniéndose en ciertos momentos convenientemente elegidos, y procurando la regularidad en la ejecucion de la obra. De esto nos presenta un ejemplo diario la marcha de la tropa. Los soldados, aunque cargados de pesados bagages, andan sin mucha incomodidad el espacio de dos etapas, debiéndolo al descanso que se les da á cada legua, y á la regularidad y uniformidad de sus pasos en todo el camino. ¿Quién es el que no ha oido contar á nuestros antiguos militares los medios de que se valian sus gefes para *desfatigarles* en las marchas penosas? No se les distribuia pan ni aguardiente para fortificar sus piernas y entonar sus hijares; sino que se les ayudaba con el toque cadencioso de un tambor, destinado á poner en unisono el movimiento de sus pies.

Se nota que un hombre trabaja mas ó menos cansándose en ambos casos igualmente, segun la diferencia de

---

(1) Estas noticias las he sacado del espediente oficial que existe en la direccion general del cuerpo.

La Real órden que decretó estos honores es de 7 de julio de 1812. En ella se mandó ademas que cuando lo permitiesen las circunstancias se erigiera un *monumento frente à la puerta del citado colegio..... esplicando brevemente su hazaña y el dia de su heróica muerte*, y que escribiéndose un elogio de los dos bizarros oficiales se leyese *precisamente todos los años en la apertura de la primera clase á los caballeros cadetes que se presenten á estudiar, para que esta primera é importante leccion, impresa siempre en su memoria, como regularmente sucede con las que recibidas en la tierna edad forman notable época de nuestra vida*, mantuviera desde luego el sentimiento de honor, valor y gloria á que debian aspirar.

Téngase presente que el Parque de Artillería de Madrid, de que se ha hablado en este capítulo, no era mas que una casa habitacion grande, metida en manzana, sin obra alguna militar ni de defensa. Del nombre podria inferirse fuera que era puesto defendible, y esto rebajaria el concepto de valor que merecen nuestros héroes.

este ó el otro músculo con que opera. Segun Mr. Coriolis, ingeniero de puentes y calzadas de Francia, un hombre produce al cabo del dia mayor trabajo con cansancio igual obrando con los músculos de las piernas que con los de los brazos; y operando con las piernas produce todo el trabajo posible cuando sus movimientos no esceden de la rapidez de la marcha ordinaria y el esfuerzo que hace se acerca mas al que los músculos ejecutan al caminar. Los dos mejores modos de emplear la fuerza del hombre son el de hacerle operar con los pies contra una palanca que empuje delante de sí, ó por su propio peso colocándole en la estremidad de una palanca.

Los trabajos en que el hombre tiene que escederse de sus hábitos corporales para obtener un efecto mecánico son aquellos en que la cantidad de accion diaria es la mas pequeña. Si la maniobra v. g. debe ser de alto en bajo, como la de sacar agua de un pozo con una soga y una garrucha, ó de bajo en alto como la de un cubo de agua con un garfio, el efecto de un dia entero de trabajo será menor que si el obrero hubiese estado dando vueltas á un manubrio. Los hombres de mucha estatura son preferibles para esta especie de trabajo; pero no en el caso en que la accion se estienda á todos los músculos del cuerpo. Los de carácter flemático son mas á propósito para obras que exigen mas esfuerzo que celeridad. Los hombres de carácter vivo se cansan prontamente, y parece que su actividad se aletarga. Son muchas las diferencias que se observan en esta parte.

La temperatura del sitio en que se trabaja ó el clima del pais ocasiona variedades mas señaladas tadavia en las cantidades de accion diaria de trabajo. Se ha observado que los habitantes de paises, cuyo temperamento escede rara vez de 20 grados, no son capaces de una mitad de la cantidad de accion diaria que pueden producir en nuestros climas.

En los establecimientos de industria deben elegirse los sitios mas frescos para colocar en ellos á los hombres destinados á un trabajo continuo en el que tienen que emplear todas sus fuerzas. En el caso de ponerlos en piezas calientes ó se les ha de relevar amenudo, ó disminuir casi en una mitad el valor del esfuerzo ó celeridad que en rigor podrian emplear si la temperatura fuese mas fresca.

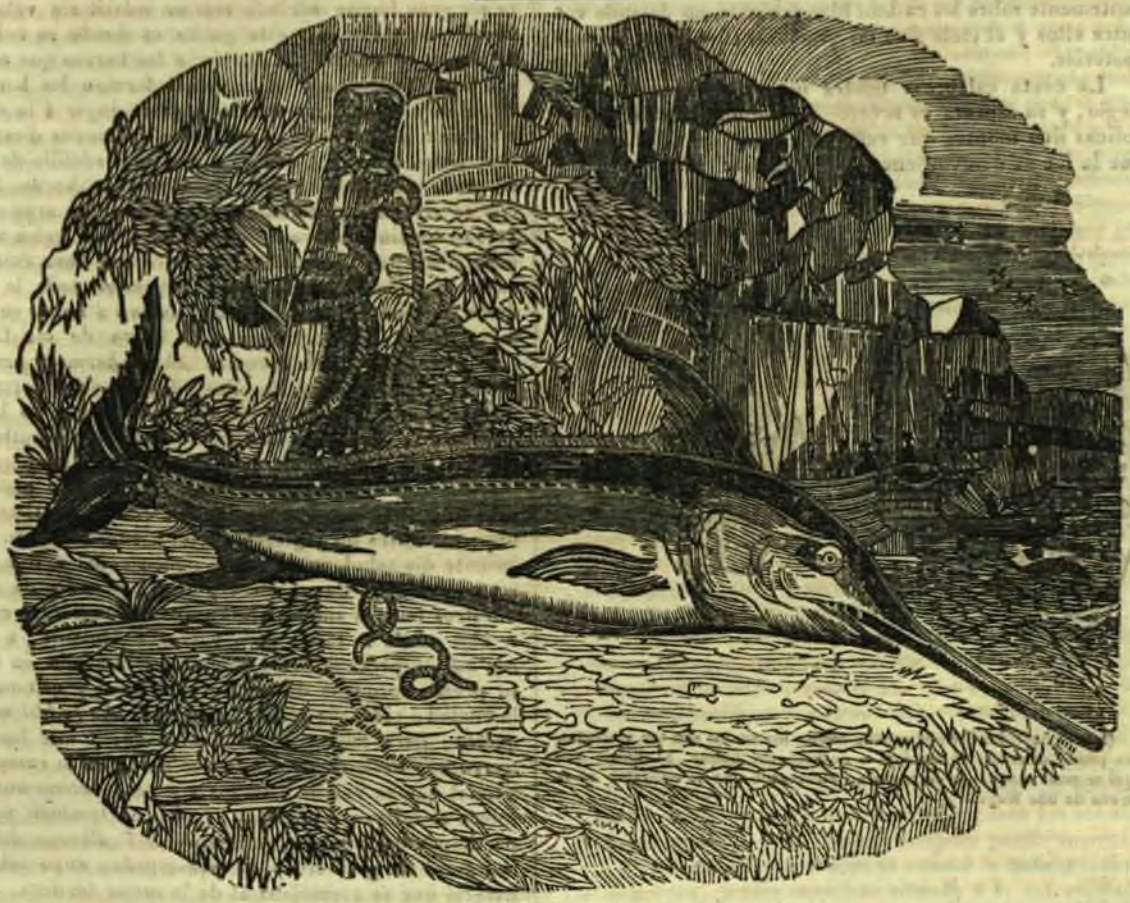
Concluiremos este artículo señalando los límites de los que jamás debe pasarse cuando se emplea al hombre como fuerza motriz, tomándolos de autores escrupulosos.

1.° El mayor peso que un hombre de *buenas fuerzas* puede llevar á corta distancia es el de trescientas libras.

2.° Todo lo que un hombre puede llevar caminando habitualmente por un terreno horizontal son ciento veinte y ocho libras y en transportar todo un dia de trabajo mil quatrocientas sesenta y seis libras á tres mil pies de distancia.

3.° Lo que puede un hombre llevar subiendo una escalera es un peso de ciento doce libras y en todo un dia elebará este peso á tres mil pies de altura.

4.° En cuanto al esfuerzo ó celeridad que el hombre puede producir tirando ó impeliendo con el brazo, es sabido que en circunstancias las mas favorables no debe prometerse trabajando continuamente un esfuerzo que esceda del valor de treinta y dos libras, elevados en un segundo á medio pie de altura.



EL PEZ ESPADA.

Se le ha dado este nombre por el arma que tiene en su quijada superior, semejante á una espada, y es el

pisce spada de los sicilianos, el *sword-fisch* de los ingleses etc. Tambien se le suele llamar *pez emperador* porque lleva espada como los césares.

Sus escamas son infinitamente pequeñas de modo que su piel que refleja un brillo metálico parece destituida de ellas. Tiene hendiduras en los lados de la cola, una aleta caudal muy fuerte y una dorsal en forma de quilla, muy levantada, y que puede servir á la vez de quilla y de vela, segun esté el pez dentro del agua ó á la superficie de ella.

Lo largo del hueso en forma de espada que termina su quijada superior es para este animal una máquina terrible de guerra, con la que ataca á los mayores animales marinos. Su boca no tiene dientes y su cuerpo es redondo. Suele llegar á cinco pies de longitud, y su grueso es como el de un hombre de 16 años. Comunmente se le encuentra en el Mediterráneo, y sobre todo en las aguas de Sicilia, por cuya razon le llaman los ingleses *The sicilian sword fisch*.

Su pesca es de las mas divertidas que puede haber en las costas de Sicilia en el canal que divide la Calabria de la Sicilia, Messina de Regio; y el remolino de Caribdis de la roca homérica de Scila.

La costa de Sicilia forma un arco de círculo entrante desde el faro de Caribdis hasta el puerto de Messina; sus verdes colinas se elevan en forma de anfiteatro unas sobre otras; á orillas del mar abundan magníficos aloes con hojas en figura de espadas que dan un aspecto africano á todo el paisage; en segundo término los naranjos, limoneros, y perales llenan los jardines y dan á la vez flores, frutos verdes y frutos que van á caer de maduros. Mas arriba los verdes pámpanos de la vid se contornean elegantemente sobre los casinos blanquísimos, no dejando ver entre ellos y el cielo sino las graciosas cúpulas de los monasterios.

La costa calabresa tendrá unas cinco leguas hasta Regio, y su aspecto es severo: se acumulan en ella, no colinas sino montes que reflejan un viso de amatiste por que la luz se descompone alli en un aire puro.

(Las embestidas del pez espada contra los navíos son tan violentas, que puede atravesar el bordaje ó costado del buque. El dibujo que aqui se pone manifiesta un trozo así atravesado que se encontró en la carena de una fragata.)

Al derredor de Regio, ciudad destruida tantas veces por los volcanes, y tan célebre por la estancia del apostol San Pablo, hay tambien jardines de naranjos que embalsaman el aire, y tuve ocasion de admirar estas bellezas de la costa de Sicilia cuando presencié la pesca del pez espada. Eramos siete franceses todos de Paris los que nos hallabamos en un esquife; mis dos compañeros de viage Lefèvre y Bibson, y cuatro pintores ó arquitectos de la escuela de Roma, y entre otros M. Perault, paisagista, el arquitecto de la espedicion de Morea Mr. Blouet etc. y debiamos aprovecharnos de la corriente que todas las mañanas se dirije en diagonal desde Messina á Regio. Asi que llegamos á ella, los marineros sicilianos cargaron vela, metieron los remos en el esquife y se cruzaron de brazos. Avanzabamos sin embargo rápidamente por enmedio del estrecho, sobre un mar suavemente agitado por una especie de hervor, semejante al del agua en una vasija de cobre, pero sin ningun sacudimiento. Al cabo de dos horas de la mas feliz navegacion llegamos á Regio, en donde nuestros paisagista y arquitectos se pusieron á dibujar y nosotros á herborizar, hasta la hora del desayuno. Despues de este nos volvimos á embarcar; pero como ya no nos favorecia la corriente, nuestros marineros alquilaron un buey, que por medio de un calabrote de mas de cien pies, nos remolcó con una velocidad que no la hubiera igualado un caballo á trote.

Entre Reggio y Silla vimos una multitud de gente á caballo eran los llamados *Campieri*, armados de pies á cabeza, con el fusil de lado, y la camana llena de cartuchos, escoltando á un viagero tambien montado contra los bandoleros, á quienes se parecian ellos mismos como un huevo á otro. Nosotros nos habiamos acercado á una gran embarcacion anclada y á una docena de botes que navegaban en todas direcciones: es decir que nos hallábamos en el teatro de la pesca. Se presentó á nuestra vista un gran buque anclado con un mástil sin vela y un barril por gavia. En esta garita es donde se coloca un marinero en acecho para gritar á las barcas que se acercan los peces espada. A su señal forman las barcas un círculo, y cuando salen estos peces á jugar á la superficie dando saltos prodigiosos, unos arponeros diestros les lanzan un arpon al que va sujeto un cordelillo de cable, de modo que pueda traerse la víctima á bordo. Sucede que se arrojan inútilmente una multitud de arpones y se yerran un sin número de golpes contra el veloz animal; pero si un pescador diestro le hiere con buen éxito, resuena al momento un grito de alegria en toda la escuadrilla; y cuando el *pesce-spada* estuvo á bordo se decian mútuamente nuestros remeros, llenos de satisfaccion: ¡*Ah che reddii pesciu compar*! *Ah qué hermoso pez, compadre*! Despedímonos de ellos y fuimos á ver la roca Scila, roida en su base por las olas voraces que en la imaginacion de Homero y de Virgilio son perros ahulladores; pero en aquel dia estaba la mar tranquila, los perros homéricos dormitaban, y no vimos sino un alto peñon coronado por un pequeño fortin, defendido en tiempo del imperio contra los ingleses por el coronel Martin. Al siguiente dia saludamos á aquel peñon como á uno de los restos antiguos de nuestras glorias, y padre de uno de nuestros buenos amigos. Nos aprovechamos de la corriente baja, ó de la tarde para volver á Messina, á donde nos habian precedido los pescadores llevando en triunfo su presa, coronada de verdes pámpanos y gritando por la ciudad: ¡*Ah che reddii pisciu: ah che reddii spada é questo*, para llamar á los aficionados á que fuesen al *mercatello della marina* á tomar parte en la compra del animal que se vendia á trozos y á peso, como entre nosotros el salmon ó merluza. Quisimos tambien nosotros participar de la pesca, y la ama de *l' Albergo dei Fiori* nos guisó un gran trozo de pez-espada, cuyo sabor nos pareció que se asemejaba al de la mejor ternera.

EL DIA 1.° DE MAYO EN VIENA.

El dia 1.° de Mayo es en casi todos los paises de Europa un dia de solemnidad y regocijo. Los pueblos del mediodia que disfrutamos un clima benigno y templado somos mas indiferentes que los demas á la llegada del precursor de las flores; pero los que viviendo bajo un cielo menos clemente tienen que sufrir por mas largo tiempo los rigores del invierno, solemnizan y reciben con entusiasmo á tan grato dia.

En Rusia, Suecia y Alemania se celebra el primer dia del mes de Mayo asi en las ciudades populosas como en las mas reducidas aldeas con un aparato y alegria increibles. En Bélgica toma cada uno una parte activa en esta fiesta, que es verdaderamente popular. Los que transitan por las calles se abrazan y felicitan recíprocamente, se convidan entre sí, y no hay familia que no plante alegremente en medio del patio ó delante de la casa un pino descortezado, y elegantemente guarnecido de guirnaldas, y de hojarascas y adornos de papel de colores cortados con el mayor arte.

El dia 1.° de Mayo es en Viena el de un alborozo y delirio inconcebibles, debiendo tenerse entendido que no hay en el mundo otro pueblo que viva tanto fuera de sus casas como el de Viena.

No obstante lo frio de su temperatura y las repentinas variaciones que suele tener de una hora á otra y que la hacen desagradable y mal sana, no bien despunta el dia 1.° de Mayo cuando los jardines de las posadas se abren, los figoncillos del *Prater* presentan ya preparadas sus mesas, se organizan las orquestas ambulantes, y todos los buenos vieneses abandonan sus habitaciones por los sitios públicos á donde concurren en tropel á comer, beber, y fumar, bajo el abrigo poco protector de un cielo frecuentemente anublado.

Los regocijos del dia 1.° de Mayo empiezan temprano por una carrera de á pie á las seis de la mañana. Casi todos los nobles ricos de Viena pagan uno ó dos corredores, que son los que se disputan el premio; pero en este dia solos los nobles de Austria propiamente asi llamada pueden presentar sus corredores, quedando escluidos los señores húngaros, bohemios, italianos etc. etc. asi como los extranjeros.

El espacio que ha de correrse es muy considerable. Los competidores deben seguir la calle principal del *Prater* hasta el sitio llamado *le Rond d'eau* donde un brazo del Danubio corta dicho paseo, y volver despues sin detenerse hasta el punto de donde partieron. Antiguamente se prolongaba la carrera hasta Lusthaus; (casa de recreo en la que Napoleon fijó su cuartel general en 1809 algun tiempo antes de la batalla de Wagram, y en donde posteriormente en 1815 dieron los soberanos aliados una gran comida y fiesta militar á sus tropas) pero como una carrera tan dilatada ocasionaba amenudo graves accidentes, se disminuyó en una tercera parte. Aun como queda en el dia es espantosa, si se considera que no basta para ganar el premio llegar el primero á la meta sino que es menester continuar corriendo sin interrupcion.

Este paseo de *Prater* es uno de los mas hermosos que pueden verse y no tienen comparacion con el ni los Campos Eliseos, ni el bosque de Bolonia de París. Es una gran selva que empieza desde las mismas puertas de Viena y se estiende á lo lejos por la orilla derecha del Danubio. Atraviesanla calles magníficas, que ya cruzan por enmarañados y oscuros bosquecillos, ya por risueños escampados ó estensas praderas en donde se alzan á trechos como en un jardin ingles antiguas hayas ó enormes castaños que cuentan siglos. El Danubio, que se divide allí en diferentes brazos, forma una multitud de islas verdosas y llenas de árboles en donde se reunen por bandas cerca de doscientos ciervos domesticados que los monteros recogen por la tarde á son de corneta para encerrarlos hasta el amanecer en elegantes establos dispuestos á lo largo de la calle principal del *Prater*.

Como del arrabal *Landrestarse* en que yo estaba alojado no habia mas distancia que la de doscientos pies ó trescientos pasos hasta el *Prater* atravesé el puente Razoumoffsky y llegué antes que principiáran los juegos. El tiempo estaba deliciosísimo y el aire puro y fresco. El sol en su oriente doraba las cumbres del *Khalenberg* y el *Leopoldsberg* que divisaba en el horizonte, todabia medio envueltos con la trasparente niebla de la mañana. Hallé mucha gente en la calle en que debia correrse, y pronto ví llegar mas de doscientas cincuenta mil personas que salian en dilatadas y silenciosas columnas de los diferentes cuarteles de la ciudad, para venir á colocarse con admirable órden á los dos lados de la calle mencionada. Algunos soldados de policia de á caballo estaban situados de trecho en trecho en escalones por toda la línea á fin de dejar el espacio desembarazado á los corredores. No era muy trabajoso su servicio, y aun tampoco necesaria su presencia segun la natural sensatez y tranquilidad del buen popular de Viena.

Me acerqué á la meta que es al mismo tiempo el punto de arranque, y ví á los corredores en número de diez ó doce. Su trage se componia de una chaqueta blanca muy ligera, un pantalon del mismo color, sujeto hácia los tobillos bajo unos borceguíes verdes y una gorrita asimismo verde coronada con un penacho de plumas de varios colores, y adornada con una lámina que presenta el escudo de armas de sus amos. Rodeaban un trofeo compuesto de cinco banderas bordadas de oro y plata, que se destinaban para los cinco primeros corredores que llegasen á la meta. Unos cordeles sujetos á unas estacas formaban al derredor de ellos un acerca, detras de la cual habia un tropel compacto, que al menor movimiento hubiera derribado aquella endeble barrera, y que de nada serviria en otras ciudades de Europa; pero era bastante en Viena para mantener á cada uno en su puesto.

A las seis en punto se oyó la señal de dos cañonazos. Un oficial de policía partió á galope, y tras él pasaron los corredores en columna cerrada y sin procurar aventajarse, economizando sus fuerzas para el último momento. Siguiólos el juez del campo en carruaje para asegurarse por sí mismo de que todo iba en regla, y recoger en caso necesario á los corredores á quienes el desfallecimiento de sus fuerzas hiciese indispensable aquel socorro. El pueblo se cerró á su paso y la calle quedó invadida; pero no bien otros dos cañonazos anunciaron que los competidores habian llegado á *Rond d'eau* y que volvian, cuando cada espectador se alineó como antes á los lados de la calle para dejarles paso. Casi á la media hora de la señal primera llegó uno de los competidores desalentado, lleno de sudor y pálido como un difunto, tocó á la meta en medio de los mayores aplausos, y ganó muy bien aquel pobre hombre los diez *soberanos* de oro, que eran el premio del vencedor. Dos minutos despues llegó el segundo que me pareció mas desfallecido que el primero. Sus compañeros fueron llegando sucesivamente á la meta, menos dos que no pudiendo mas se habian detenido y á quienes habia recogido el carruaje. El juez de los juegos distribuyó las cinco banderas, hecho lo cual vencedores y vencidos se dirigieron precedidos de la música á un figon del *Prater* en donde les aguardaba un buen almuerzo. El concurso los acompañó hasta la puerta, y se dispersó despues pacíficamente.

Desde las once á la una se reunió la concurrencia en *l'Augarten*, jardin espacioso situado á la estremidad del arrabal de *Leopoldtadt*. Es un verdadero jardin á la francesa con largas calles de castaños, y espalderas de hojaranzos, parterres regulares, terraplenes y estanques.

Lo hizo el emperador Fernando III, lo hermosearon sus sucesores y lo dió para recreo del público en 1775 José II que mandó poner en su entrada principal esta inscripcion:

Sitio de recreo consagrado á todos los hombres, por su apreciador.

El *Augarten* que está desierto en todo lo restante del año, se hace el dia 1.° de Mayo un paseo de moda, y el punto de reunion de toda la ciudad. Allí vi congregada á toda la alta aristocracia vienense. Las señoras con gran prendido de primavera ocupaban la calle principal y las sillas mas inmediatas á la orquesta, afectando en obsequio al dia cierta sencillez campestre, y una especie de aturdimiento que contrastaban maravillosamente con el frio y grave continente de los simples ciudadanos. Los hombres se paseaban en medio de todas aquellas encantadoras jóvenes, asestando sus lentes á derecha é izquierda con tanto fatuismo, pero con menos descaro que los elegantes de Madrid.

Al cabo de dos horas de este paseo, tan variado en sus objetos, cada cual volvió á su casa á componerse de nuevo; y los grandes personajes y las mujeres de mas tono fueron á comer á campo raso en varios puntos preparados en el mismo *Prater*. Me divirtió mucho tiempo la multitud que rodeaba sus mesas, mirándoles comer y beber, con la boca abierta, como si fuesen de distinta especie que ellos. El asombro que causaba á aquellos buenos vieneses la profusion de platos y manjares desconocidos; las sencillas reflexiones de aquellas gentes á la vista de todos aquellos grandes personages y de lo nuevo del espectáculo, y el continente mismo de los autores que se pavoneaban al considerarse blanco de la atencion de tantos, formaba un conjunto muy cómico.

A cosa de las cinco subieron las señoras á sus coches, dirigiéndose á la grande calle del *Prater* en donde empezaba el paseo. Dos grandes hileras de elegantes carruages circulaban por ambos lados, dejando el medio para los de cuatro caballos: el contrapaseo de la derecha es para los de á caballo, y el de la izquierda para la gente de á pie; pero lo que no puede imaginarse quien no la haya visto es la belleza de los sitios de este paseo; el admirable verdor de los árboles, los dilatados prados que los rodean, la embalsamada frescura del ambiente, y la diversidad de equipages rusos, húngaros, polacos que van pasando sucesivamente por delante de uno. Al ponerse el sol cada uno se retira; el *Prater* va quedando poco á poco desierto, y la muchedumbre que le llenaba se encamina hacia los infinitos *gasthauser* de Viena y sus arrabales para acabar de celebrar dignamente con el vaso en la mano el primer dia del mes de Mayo aguardado con tanta impaciencia, y tan cordialmente solemnizado.

UN PASEO INTERRUMPIDO.

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN, EDITOR.